

# José Alcrudo Quintana

## In memóriam

ZARAGOZA. Hasta el monótono tecleo del ordenador barrunta los ecos de una letanía cuando recuerdas a un amigo recién fallecido. José Alcrudo Quintana nació un 10 de marzo de 1918 y ha muerto el pasado 20 de agosto. Como buen misántropo, siempre he pensado que se está mejor solo que bien acompañado. Pero, en ocasiones, aparecen personas, como Pepe Alcrudo, que logran rescatarte de tu ensimismamiento.

Pepe solía decir que se envejece a escalones y en los últimos meses los descendió rápidamente hasta el rellano final. Lo noté sobre todo porque empecé a perder el interés por las cosas y porque ya no encontraba refugio ni entre los recuerdos.

A Pepe le mataron a su padre y a su tío, Moisés, el 30 de septiembre de 1936. Pocos meses después murió su madre. Un daño colateral, dirían ahora. La guerra le arrebató el futuro que había previsto, pues aquel hijo y sobrino de médicos, que iba a empezar la carrera ese año, tuvo que ponerse a trabajar de botones.

Siempre recordaba la última gestión que hizo para salvar la vida de sus familiares. Nunca olvidó aquella conversación infructuosa con aquel antiguo amigo de su padre, cuyo nombre no es necesario recordar ahora que ha sido descolgado de las fachadas zaragozanas. Aquel hombre le espetó: “Esto le pasa a tu padre por meterse en política”. Se lo decía alguien ataviado con camisa azul y charreteras. Esa frase anunciaba el advenimiento de un régimen que iba a propiciar durante décadas la idiocia consustancial a la apolítica, de un régimen tan totalitario en sus inicios que estaba incluso, por encima, de la política.

Se instaló en la República Dominicana en los tiempos de Trujillo. Viajó por Norteamérica en los autobuses de la segregación racial. Volvió a Zaragoza y, bajo la

aparición de quiosquero, se hizo librero. Comprobó que ser librero era un oficio extremadamente peligroso, pues llegaron a colocarle hasta cuatro artefactos explosivos en las diferentes librerías que montó en las calles Costa y Doctor Cerrada y en la Plaza San Francisco.

En una ciudad en la que la única expresión cultural eran los carteles cinematográficos que se colocaban en las marquesinas, se hizo vendedor de libros prohibidos, editor de autores sin mercado y mecenas de pintores revolucionariamente abstractos. Una parte fundamental de la cultura de Zaragoza de los últimos sesenta años no se podría entender sin la palabra “Pórtico”.

Estuvo a punto de participar en la creación del mayor grupo editorial y de comunicación en español del mundo por invitación de Pancho González, que se asociaría, al final, con Jesús de Polanco. Le financió a Federico Jiménez Losantos uno de sus primeros proyectos culturales, la revista ‘Diwan’, por cuyas páginas afloraba el genio barroco y berroqueño del hoy mediático personaje.

Creía que todo se podía arreglar hablando pausadamente a la vera de una cerveza. La vida de un hombre es también la de las cafeterías que frecuenta. Del Ambos Mundos de los años cuarenta al Hemisferio en los últimos tiempos, encontró siempre un ambiente ideal para hablar y para escuchar.

Vivió, en suma, una vida repleta de aventuras y fructífera para los demás. Una vida de ensueño. Pero tengo para mí, Pepe, que la hubieras cambiado sin pestañear por aquella que planeaste con tus padres y tu tío, la de un médico partero que no cobraba a los obreros que se quedaban en paro o cuando sus mujeres se quedaban embarazadas. La guerra te quitó todo menos la generosidad.

**ÁNGEL GARCÉS SANAGUSTÍN**